

de Europa en particular, y en provecho de los intereses comerciales.»

A estos motivos podría añadirse hoy que no conviene á la seguridad de las potencias cristianas que se trasladen diariamente numerosas fuerzas de África y Asia á Europa; que no conviene á estas potencias que la Morea se convierta en un campamento atrincherado, donde respetables cuerpos de ejército se adiestren en el manejo de las armas; que no les conviene que el pachá de Egipto se sitúe con todas las poblaciones blancas y negras del Nilo en los puntos avanzados de la Turquía, amenazando de este modo á la Cristiandad ó á la misma Constantinopla.

El pachá de Egipto domina en Chipre; es dueño de Candia; estiende su poder hasta la Siria; procura reclutar y disciplinar las tribus guerreras del Líbano; hace conquistas en la Abisinia; se adelanta en Arabia hasta las inmediaciones de la Meca; tiene tesoros y bajeles, é influye en las Regencias Berberiscas. Ya está en Morea, y puede pedir el imperio antes que el sultan le pida su cabeza. No se fija la atención en estos progresos, que son, no obstante, muy dignos de ella. Si una nación civilizada lanzase todos sus ejércitos sobre un punto determinado de su territorio, la Europa justamente alarmada le pediría cuenta de su resolución. ¿Y no es extraño que se vea al Asia, al África y á la Europa mahometana derramar incesantemente sus hordas en la Grecia, sin temer los efectos mas ó menos remotos de semejante movimiento? Entre tanto, un puñado de cristianos que se esfuerzan en romper un yugo odioso, son acusados por otros cristianos de que atentan contra la paz del mundo; y se mira sin espanto agitarse, aglomerarse y disciplinarse esos millares de bárbaros que penetraron en otro tiempo hasta el centro de la Francia y hasta las puertas de Viena.

Se hace mas que permanecer tranquilo, puesto que se presta á esas naciones enemigas los medios de conseguir mas prontamente su designio. ¿Podrá crear la posteridad que el mundo cristiano, en la época de su mayor civilización, ha permitido que numerosos bajeles, izando el pabellon cristiano, trasporten hordas de mahometanos de los puertos de África á los de Europa para degollar cristianos? Una escuadra de mas de cien naves, dirigidas por falsos discípulos del Evangelio, acaba de atravesar el Mediterráneo llevando á Ibraim los discípulos del Alcoran que van á acabar de destruir la Morea. Nuestros padres, á quienes llamamos bárbaros; San Luis, cuando iba á buscar á los infieles hasta en sus propios hogares, ¿prestaban sus bajeles á los moros para que invadiesen de nuevo á España?

¿Ha reflexionado bien su conducta la Europa? Ensenábase á los turcos á batirse con regularidad; los turcos regidos por un gobierno despótico, pueden poner en movimiento todas sus poblaciones; si estas poblaciones armadas se forman en batallones, se acostumbra á las maniobras militares y obedecen á sus jefes; si tienen una artillería bien servida; en una palabra, si aprenden la táctica europea, habrase hecho posible una nueva é inesperada irrupción de bárbaros. Recuérdese (si la esperiencia y la historia sirven de algo en nuestros días), que los mahometos y solimanes no alcanzaron sus primeras victorias sino porque el arte militar estaba mas adelantado entre los turcos que entre los cristianos en la época en que se mostraron.

No solo se educa á los soldados de la secta mas fanática y brutal que ha pesado en tiempo alguno sobre la raza humana, sino que se les acerca á nosotros. Nosotros los cristianos, prestamos barcos á los árabes y á los negros de la Abisinia para que invadan la Cristianidad, como los últimos emperadores romanos trasladaron los godos desde las orillas del Danubio al mismo corazón del imperio.

Este campo de instruccion y de maniobras se establece en Morea, á la puerta de Italia y de Francia; los conscriptos del turbante acuden allí para adiestrarse

en el ejercicio de fuego contra los adoradores de la Cruz, que indefensos les son entregados. Establecida sobre las ruinas de la Grecia antigua y sobre los cadáveres de la Grecia cristiana, la barbarie regimentada amenazará la civilización. Ya se verá lo que será la Morea, cuando, apoyada en los turcos de la Albania, del Epiro y de la Macedonia, quede convertida, segun la enérgica frase de un griego, en una nueva regencia berberisca. Los turcos son valientes, y tienen á su espalda en el campo de batalla, el paraíso de Mahoma. ¡El cielo nos libre de la esclavitud con uniforme, y de la fatalidad disciplinada!

¿Y no tomamos una actitud conveniente en presencia de esa nueva regencia berberisca? Le permitimos construir bajeles en Marsella; y hasta se asegura lo que no queremos creer, esto es, que se le ceden para sus construcciones las maderas de nuestros bosques marítimos. Por otra parte, comprando tambien buques en Londres, tendrá barcos de vapor, cañones de vapor y todo lo demás. Los turcos han conservado todo el vigor de su natural ferocidad, y á esta se añadirá toda la ciencia del arte perfeccionado de la guerra. ¿Háase visto en tiempo alguno una combinacion de cosas mas formidable y amenazadora?

Adóptese, que tiempo es todavía, una política mas generosa, y al mismo tiempo mas previsora y sabia. No se trata, como se ha dicho en la *Nota*, sino de obrar respecto de la Grecia del mismo modo con que la Inglaterra ha creído debia obrar respecto de las colonias españolas. Ha tratado comercial ó políticamente con estas colonias como estados independientes, sin dejar entrever que haria la guerra á España; y no ha hecho esta guerra.

Pero se objetará que el Divan no tomara las cosas tan benignamente; que en vano se evitaria el tono amenazador al declararle la resolución de los aliados relativamente á la independencia de la Grecia; y que este temerario consejo seria capaz por sí solo de atraer las hostilidades contra las potencias que le presentasen tal declaración.

El Divan está ciego, á no dudarlo; pero cuando se raciocina no puede admitirse como una objecion sólida la suposición de una locura. Todo el que ha tratado á los turcos y estudiado sus costumbres sabe que la humillación de la Puerta es igual á su jactancia, cuando se ve seriamente estrechada. Imaginar que la Puerta declararia la guerra á la Europa cristiana si toda la Europa reclamase ó reconociese la independencia de la Grecia, seria asustarse por vanas quimeras. Cuando vemos al Divan alarmado al mero anuncio del armamento de tres barcos de vapor á las órdenes de lord Cochrane, puede juzgarse si desearia luchar con las flotas combinadas de la Inglaterra, la Francia, la Rusia, el Austria y la Grecia.

¿Pero el simple reconocimiento de la independencia de los griegos por las potencias cristianas bastaria para asegurársela? ¿No habrian de sufrir los esfuerzos de toda la Turquía?

Sin duda; pero el gobierno griego, reconocido por las potencias aliadas, adquiriria una fuerza insuperable á sus enemigos. Este gobierno, rodeado de los representantes de las diferentes cortes, pudiendo comunicarse con los Estados regulares, podria fácilmente negociar empréstitos; y con dinero tendria escuadras y soldados. Los bajeles cristianos no se atreverian en lo sucesivo á servir de transportes á los bárbaros; y el desaliento que en breve se apoderaria de los turcos, no tardaria en obligar al Divan á esas treguas sucesivas por cuyo medio el orgullo musulman accede á doblegarse y á descender hasta la paz.

Sean las que fueren las tentativas que la benevolencia haya podido ó pueda hacer en favor de la Grecia en Constantinopla, no puede esperarse ningún éxito favorable mientras no se recurra á la declaración propuesta por la *Nota*, ó á cualquiera otra medida decisiva.

va. Recomendar la humanidad á los turcos, intentar atraerles por medio de los sentimientos generosos, explicarles el derecho de gentes, hablarles de hospodatos, de treguas y negociaciones, sin hacerles alguna intimación, sin concluir cosa alguna, es trabajo perdido, tiempo malgastado. Una sola palabra, francamente pronunciada, orillaria satisfactoriamente este negocio. Si la Grecia sucumbe es porque se quiere que sucumba, puesto que basta para salvarla enviar un correo á Constantinopla.

La consecuencia del estermínio de los helenos seria de grave trascendencia para el mundo civilizado. Repítese que se quiere evitar una conflagración militar en Europa. Yo insisto en lo dicho: esta conflagración no tendrá lugar si se accede á emancipar á los griegos por el medio propuesto; pero por otra parte, nadie se haga ilusiones: de la victoria de los turcos en la Morea resultarian guerras sangrientas. Todas las potencias se mantienen en una falsa posición relativamente á la Grecia: supóngase consumada la destrucción de los helenos, y entonces se levantarán por todas partes las quejas de la opinión. La matanza de toda una nación cristiana y culta, verificada á los ojos de la cristiandad culta, no quedaria impune: la sangre cristiana caeria sobre los que la hubiesen dejado derramar; recordariase entonces que la Cristiandad no solo se habia visto precisada á asistir al espectáculo de este gran martirio, sino que además habia vendido ó prestado sus naves para trasportar los verdugos y las fieras al anfiteatro. Tarde ó temprano, los gobiernos conocerian á su costa el mal que á sí mismos se habian causado: en unos las ideas generosas, en otros las simpatías secretas y las ambiciones ocultas se despertarían de una manera alarmante; todos se acusarian recíprocamente, todos irian á hacerse la guerra sobre las ruinas, después de haberse negado á salvar los pueblos.

El autor de la *Nota* justificaria fácilmente sus tristes predicciones por medio de consideraciones deducidas del carácter, del espíritu, de los intereses y de las opiniones de los pueblos de Europa y de los sucesos que en breve presenciarian estos pueblos. ¿Qué influencia ha determinado la política seguida hasta aqui respecto de la Grecia? ¿Qué idea ó qué temor ha dominado en este gran negocio? Aquí concluye el derecho del escritor, y el hombre de Estado deja caer la cortina.

La muerte del emperador, Alejandro acaba de cambiar la situación de las cosas: Alejandro, que envejeciera en el trono, habia atrevesado dos veces la Europa á la cabeza de sus ejércitos; guerrero pacificador, al adoptar una conducta determinada, tenia la preponderancia que dan la victoria, la edad, la feliz estrella y la costumbre de ceñir la corona y gobernar. ¿Seguirá su heredero la misma política y le será posible seguirla, aun cuando lo intente? ¿No juzgará mas fácil y seguro continuar la política nacional de su imperio, es decir, ser ruso antes que francés, inglés, austriaco ó prusiano? En tal caso, la Grecia seria auxiliada. ¿Cuán noblemente abriria la senda real un príncipe que hiciese el primer acto de su reinado de la emancipación de la Grecia, de la libertad de tantos cristianos desgraciados! ¿Qué popularidad y qué brillo atraeria sobre el resto de su reinado! Esta es acaso la única gloria que Alejandro ha dejado recoger á su sucesor.

¿Se desea saber lo que puede esperarse del nuevo monarca? Un general francés va á decirnoslo.

«El gran duque Constantino hacia cuidar á su vista y hasta en sus habitaciones á los oficiales franceses enfermos, que personalmente iba á buscar á los hospitales; visitábalos en sus camas y les consolaba con expresiones llenas de bondad é interés; salvó de un buque incendiado á dos oficiales, librándoles de las llamas, conduciendo al uno en hombros, mientras su ayuda de cámara hacia lo mismo respecto del otro; arrostró, para seguir los impulsos de su generoso corazón, una epidemia mortífera de que se vió aco-

metido. Mas de un oficial francés, arrancado por su activa humanidad á los brazos de la muerte, le es deudor de su existencia; bajo este título, el autor le dirige el homenaje de su justa gratitud.»

¿Y Constantino I, este generoso enemigo, no seria el favorable amigo de sus hermanos en religion? ¿No hay epidemias que arrostrar, ni incendios que extinguir en la Morea? Constantino lo sabe: los pueblos hallan en su nombre un presagio, y en su carácter una garantía de la libertad de la Grecia.

Pida hoy el gabinete de San Petersburgo el despacho colectivo ó los despachos simultáneos, y será, no lo dudamos, acogida por muchas potencias; en virtud de la respuesta negativa ó evasiva de los turcos, reconozca la Rusia la independencia de la Grecia, y se habrá puesto un término á tantas calamidades.

Por otra parte, la Inglaterra previendo un cambio probable, ¿no intentará anticipar los sucesos, aceptando el protectorado que rehusó al principio? El tiempo desenvolverá la nueva política que no es imposible ver nacer, y que hasta es razonable imaginar. El proyecto indicado en la *Nota* seria pues mas útil que en tiempo alguno, si se quisiese adoptarlo á la vez para salvar la Grecia y evitar todo choque entre los Estados europeos. ¡Ojalá hallen los griegos medios de prolongar su existencia hasta el dia que tal vez les libentará!

Desgraciadamente, no es posible fijar este dia. Un nuevo reinado puede anunciarse con un cambio completo de sistema; pero tambien puede marchar durante algun tiempo por las sendas trazadas por el reinado anterior. Suelen hallarse muchos obstáculos al empezar una carrera, por lo cual la prudencia y la circunspección son entonces muy necesarias. Cuando el monarca difunto ha sido un príncipe magnánimo y virtuoso; cuando ha representado un papel brillante en el teatro del mundo; cuando ha sido el fundador de una política particular; finalmente, cuando ha muerto en una alta reputación de sabiduría, llorado, amado y admirado de sus pueblos y de las naciones extranjeras, la veneración que se profesa á su memoria, el merecido culto que á sus cenizas se rinde, la misma tristeza y consternación que produce el espectáculo de sus funerales; los sentimientos de ternura y dolor de su sucesor, todo, todo inclina á seguir las tradiciones que ha dejado. Lo que ha establecido parece sagrado; creérase una impiedad el tocarlo, y se siente una viva propensión á declarar que en nada será modificada la obra de su genio. Pero el tiempo debilita estas impresiones, sin destruirlas en lo que tienen de natural y respetable; el carácter del nuevo monarca, la fuerza de los nuevos intereses y el diferente espíritu de los ministros llamados á los negocios, concluyen por dominar especialmente en las cosas justas y útiles al Estado. A la Grecia le basta poder esperar; acampe su libertad en la montaña y vera acudir á sus amigos. Nada puede calcularse en Europa mas allá de seis meses.

Espero destruir la objecion por cuyo medio los hombres influyentes imaginan haber alejado la idea de acercarse al plan indicado en la *Nota*. Creo haber demostrado que no se trata de un despacho conminatorio, sino de una mera declaración que produzca la emancipación deseada. ¿Se rehusará comprar á tan poca costa una gloria tan santa? ¿Este resultado no vale la media hora que costaria la redacción del despacho libertador de la Grecia?

Entremos ahora en el exámen de las acusaciones que se dirigen á los griegos, con el intento de arrebatár á un pueblo oprimido la admiración debida á su valor y la compasión que inspiran sus infortunios.

SEGUNDA PARTE.

Así como el unánime consentimiento de las naciones demuestra la existencia de la gran verdad religio-

sa, hay verdades secundarias que derivan su prueba del asentimiento general de los espíritus. Cuando vemos á hombres de diferentes genios, de costumbres opuestas, de principios, de intereses y aun de pasiones contrarias, coincidir en un punto, puede proclamarse en alta voz que se encierra una verdad incontestable en el punto convenido.

Aplicuese esta observacion á la Grecia. ¿Qué harían los pueblos rivales si fuesen dueños de obrar? Darían la libertad á este desgraciado país. ¿Qué piensan los hombres capaces de ver los objetos bajo puntos de vista desemejantes? ¿Qué piensan respecto de la legitimidad con que los mahometanos reclaman derechos sobre la Grecia conquistada y cristiana? Piensan que no existe esta legitimidad.

M. de Bonald ha defendido esta tesis con toda la convicción de su fe, con toda la fuerza de su foga; Mr. Benjamin Constant ha demostrado en un folleto lleno de razon y de talento, que esta pretendida legitimidad era una monstruosidad segun las mismas definiciones de los mas eminentes publicistas, y que no se debía agregar al absurdo del principio la imprevision aun mas peligrosa, de disciplinar á unos bárbaros. M. Pouqueville, en su obra llena de hechos interesantes, ha consignado las mismas verdades; M. Carlos Lacretelle ha defendido en discursos animados de un calor y de una vida extraordinarios, la causa de los desgraciados helenos de una manera digna de ella; M. Villemain ha trazado en su *Ensayo acerca del estado de los griegos*, con toda la autoridad de la elocuencia y con todo el poder de los testimonios históricos, los derechos que los griegos tienen á la libertad. Y yo, si me atrevo á tenerme en algo, he formado mi opinion há mucho tiempo, y la he manifestado en un tiempo en que nadie pensaba en la emancipacion de la patria de Leónidas.

En todos los comités filhelenos formados en Europa se advierten nombres que á juzgar por las antipatías políticas, parecia muy difícil ver reunidos; ¿qué deberemos deducir de estas observaciones? Que en la opinion que reclama la libertad de la Grecia no entra pasion alguna ni algun espíritu de partido, pues la coincidencia de tantos talentos diferentes en una misma verdad, es una prueba terminante, como queda dicho, en favor de esta verdad.

Los enemigos de los griegos, muy escasos en número por otra parte, se hallan muy lejos de hacer ver la misma unanimidad en los motivos del odio que les anima; esto debe consistir en lo erróneo de su juicio, no siendoles posible defender su opinion sino por medio de sofismas. Ya trasforman á los griegos en carbonarios ó jacobinos; ya atacan el mismo carácter de la nacion griega, y convierten sus calumnias en argumentos.

Respondemos á la primera acusacion que los griegos no son jacobinos; que no han manifestado proyectos destructores del órden; que en lugar de levantarse contra los principios protectores de las naciones, han implorado su poder. Han pedido ser admitidos en la gran comunión cristiana, han alzado hácia esta una voz suplicante, y lejos de preferir á las demás formas de gobierno el régimen republicano, sus costumbres y sus deseos les hacen inclinarse á la monarquía. ¿Han sido escuchados? ¡No! se les ha arrojado á la cuchilla, se les ha enviado al matadero. Se ha sostenido que el romper las cadenas de la tiranía era eximirse de un juramento de fidelidad; ¿cómo si pudiese existir contrato alguno entre el hombre y la esclavitud!

El recuerdo de los males que han desolado nuestra patria sirve hoy de argumento á los enemigos de los principios generosos. ¿Cómo! ¿por qué una revolucion se haya entregado á los mas criminales excesos, todos los oprimidos, sea cual fuere el punto del globo en que giman, están obligados á sufrir el yugo en espacion de crímenes de que no son culpables? ¿Todas las

manos aherrajadas que cultivan penosamente la tierra, serán acusadas de atentados con que no se han manchado? El fantasma de una libertad sangrienta que cubrió de cadalsos la Francia, ¿habrá estendido desde lo alto de esos cadalsos la esclavitud del mundo?

Pero los que se muestran tan asustados por lo que ya pasó, ¿han manifestado siempre los mismos temores? ¿No han capitulado alguna vez con las repúblicas? ¿Arrepiéntense hoy de haber favorecido la independencia? Sea en buen hora. Pero, ¿por qué no espian personalmente sus pecados? La Grecia no necesitaba que su arrepentimiento recayese sobre ella, y en verdad no hubiera querido no ser elegida para cumplir la penitencia que merezca.

Háse permitido que se formen repúblicas en América, y en compensacion se quiere perpetuar el despotismo en Grecia; ¡jugada funesta para la monarquía! El poder real que se coloca entre democracias y gobiernos arbitrarios se coloca en un doble peligro, pues el temor á la tiranía puede precipitar en las libertades populares. Libren las coronas á la Grecia, y se harán bendecir; las bendiciones dan la vida.

La segunda acusacion tiene por base el carácter de los griegos y la conducta que han observado desde que combaten por su independencia.

¿Quiénes son aquí los acusadores? Son en general los pequeños traficantes que temen toda concurrencia. La Grecia es aun ingeniosa y valiente; por lo que, siendo libre, se convertiría en breve en un semillero de marineros denodados y de industriosos comerciantes. Esta rivalidad futura, que ya se prevee, inspira disgusto. Pero para conservar el monopolio de los aceites y de la miel del Ática, de los algodones de Seres, de los tabacos de Macedonia, de las lanas del Olimpo y del Pelion, de las fábricas de Ambelakia, del bermellon de Livadia, de las uvas de Corinto, de las gomas de Tesalia, del opio de Salónica y de los vinos del Archipiélago, ¿es preciso esterminar á todo un pueblo? ¿Es preciso que una nacion llamada á su vez á los beneficios de la Providencia, sea inmolada á la codicia de algunos mercaderes?

Los griegos, nos dicen sus enemigos, son falsos, pérfidos, avaros, cobardes y rastrores; y á este cuadro diseñado por un envidioso interés, se opone el de la buena fe de los turcos y sus raras virtudes.

Los viajeros que agenos á intereses mercantiles han recorrido el Levante, saben muy bien el juicio que deben formar de la buena fe y de las virtudes de los pachás, de los beyes, de los agás, de los safis y los genizaros: especie de animales crueles, los mas violentos cuando cuentan con la superioridad; los mas traidores cuando no pueden triunfar por la fuerza.

Desconfiemos de las preocupaciones históricas relativas á los griegos del Bajo-Imperio y de sus desventurados descendientes; nuestros estudios nos fascinan, y vivimos mas de lo que imaginamos bajo el yugo de las tradiciones. Los cronistas de las Cruzadas y los poetas que mas tarde las cantaron, atribuyeron las calamidades de los francos á la perfidia de los griegos, mientras los latinos que tomaron y saquearon á Constantinopla, procuraron justificar estas violencias repitiendo la misma acusacion de perfidia. El cisma de Oriente vino luego á fomentar las enemistades religiosas. Finalmente, la conquista de los turcos y el interés de los negociantes se complacieron en difundir una opinion que servia de escusa á su barbarie y su codicia. El mundo juzga siempre criminal al infortunio.

Empero, hoy es preciso suprimir por lo menos del acta de acusacion, esa inculpacion de cobardía tan gratuitamente lanzada contra los griegos. Las mujeres solistas que se precipitan con sus hijos en las olas; los desterrados de Parga que llevan consigo las cenizas de sus padres; Psara, que se sepulta debajo de sus ruinas; Missolonghi, que casi sin fortificaciones re-

chaza los bárbaros, dos veces poseionados de su recinto; unas frágiles barcas trasformadas en escuadras formidables que atacan, queman y dispersan los navíos del enemigo: hé aquí los hechos que consagrarán la Grecia moderna en ese magnífico altar en que está grabado el nombre de la Grecia antigua. No puede recurrirse al desprecio donde brilla tanto amor á la libertad y á la patria. Los hombres pérfidos y corrompidos no son tan valientes. Los griegos han vuelto á hacerse nacion por medio de su denuedo; y no queriendo la política reconocer esta legitimidad, han apelado á la gloria.

Si se les acusa de algunos piratas que no han podido reprimir y que han manchado sus mares, ellos mostrarán los cadáveres de las mujeres de Suli, que han purificado esas mismas aguas.

Para que el carácter general atribuido á los griegos por la malevolencia, presentase por otra parte alguna apariencia de verdad, seria preciso que formasen hoy un pueblo homogéneo. Pero los kleptas de la Tesalia, los paisanos de la Morea, los manufactureros de la Romelia, los soldados del Epiro y de la Albania, y los marinos del Archipiélago, ¿tienen todos los mismos vicios y las mismas virtudes? ¿Es justo atribuirles las costumbres de los comerciantes de Esmirna y de los príncipes de Fanar? Los griegos tienen faltas; ¿qué nacion no las tiene? ¿Y cómo son tratados los franceses (mas justos en sus juicios acerca de los demás pueblos, de lo que estos lo son respecto de ellos), por los historiadores de la Gran Bretaña?

Pero prescindiendo de esto, en la lucha actual de griegos y turcos, no se trata de apreciar las virtudes relativas de uno y otro pueblo, sino la justicia de la causa que ha puesto las armas en la mano á los griegos. Si estos tienen los vicios que les ha dado la esclavitud, iniquidad grande será obligarles á sufrir esta esclavitud en consideracion á los vicios hijos de ella. Destruid la causa y habreis destruido el efecto. No calumniéis á los griegos porque no queréis socorrerles; no acuseis á la victima para justificaros de ser los amigos del verdugo.

Finalmente, en una nacion cristiana, por el mero hecho de serlo, hay mas principios de órden que en una nacion mahometana. Aunque los turcos tuviesen algunas de esas virtudes especiales que imprime la costumbre de mandar, virtudes de que pueden carecer los griegos, poseen en menor grado esas virtudes públicas que entran en la organizacion de los Estados. Bajo este solo punto de vista la Europa debe preferir un pueblo que se conduce segun las leyes regeneradoras de las luces, á otro que destruye en todas partes la civilizacion. Ved lo que han llegado á ser bajo la dominacion sarracena la Europa, el Asia y el Africa mahometanas.

Después de las acusaciones generales dirigidas al carácter de los griegos, vienen las particulares relativas á su posicion actual.

«Los griegos han aplicado á sus intereses privados el dinero que se les ha prestado para que reconquisten su libertad; admiten en sus filas á todos los aventureros, y toleran las intrigas y las ambiciones extrajeras. Los capitani están divididos y son codiciosos, la Grecia está sumida en la anarquía, etc., etc.»

Algunas sociedades francesas se habian ofrecido á contratar el empréstito griego. Si lo hubiesen conseguido, no hubieran dirigido reconversiones tan amargas á la nacion que hubiesen socorrido; se sabe muy bien en Francia que algunos desórdenes son siempre inseparables de los grandes infortunios; sábase que un pueblo que sale tumultuariamente de la esclavitud, no es un pueblo regular iniciado en el arte de la administracion, fruto del órden político y del progreso del tiempo. Nadie cree en Francia que los servicios dispensados den el derecho de insultar y autorizen un lenguaje ofensivo y altanero. Si los particulares

hubiesen empleado en su provecho las sumas prestadas á la Grecia, ¿cómo hubiera sufragado esta, durante cinco años, los gastos de cinco campañas, tan costosas como mortíferas? Sabemos además que los helenos habian comprado algunos bajeles en Inglaterra y los Estados-Unidos, y estas fuerzas les habrian llegado, si la Europa cristiana no se hubiese opuesto á ello.

«Los griegos admiten en sus filas á los aventureros, y toleran las intrigas y las ambiciones de los extrajeros.»

Concedamos esta acusacion, si tal es el hecho: pero ¿á quién deberá culparse? Los griegos, abandonados de todos los gobiernos regulares y cristianos, reciben á todo el que les lleva algun auxilio. Si las intrigas extrajeras se agitan entre ellos, no pueden impedirlos; pero lejos de favorecerlos las desapruaban, porque conocen que no pueden dejar de serles perjudiciales. Salvad á los griegos por medio de una intervencion favorable, y no necesitarán mas de los hijos perdidos de la fortuna. No comparemos, sin embargo, algunos particulares desconocidos con esos hombres generosos, que abandonando su patria, sus familias y sus amigos, acuden de todos los países de Europa á derramar su sangre en aras de la causa griega. Esos hombres saben muy bien que la Grecia nada puede hacer por ellos, porque gime pobre y devastada; pero su corazon late por su gloria y por su infortunio, y desean participar de aquella y de este.

«La anarquía reina en la Grecia, y los capitani están divididos; luego este pueblo es indigno de ser libre; luego es preciso dejarle perecer.»

Tal es tambien la doctrina que la Europa monárquica ha seguido respecto de la Vendée: los jefes estaban desunidos, y la Vendée ha sido abandonada. ¿Qué dice hoy de esto la Europa monárquica?

Vemos á los griegos en el momento de la lucha; ¿deberemos admirarnos de que las dificultades innumerables que tienen que superar hagan nacer entre ellos diversos sentimientos y opuestas opiniones? Los griegos están divididos, porque la naturaleza de sus recursos pecuniarios y militares son desiguales, como tambien sus poblaciones; porque es muy natural que los habitantes de las islas y de las diferentes partes del continente tengan intereses un tanto encontrados. El negarse á reconocer estas causas naturales de sentimiento é imputarlas como un crimen á los griegos, seria una enorme injusticia.

Lejos de admirarnos de que los griegos no se hallen enteramente de acuerdo, debemos por el contrario maravillarnos de que hayan logrado formar un lazo comun y una comun defensa. ¿No es un verdadero milagro que un pueblo esclavo, á la vez insular y continental, haya podido crearse ejércitos de tierra y de mar, sostener sitios, tomar plazas, obtener victorias navales, establecer un gobierno que delibera, manda, contrata empréstitos, se ocupa en la confeccion de un código de leyes rentísticas, administrativas, civiles y políticas, bajo el baston y la cimitarra de los turcos, y bajo todo el peso de un inmenso imperio? ¿se puede poner en parangon, con alguna apariencia de equidad, lo que los griegos han hecho en el discurso de su heroica lucha, con algunos desórdenes inseparables de su cruel situacion?

Si un viajero hubiese visitado los Estados-Unidos después de la pérdida de la batalla de Brooklyn, durante la toma de New-York, de la invasion New-Jersey, de la derrota de Brandywine, de la fuga del Congreso, de la ocupacion de Filadelfia y del levantamiento de los realistas; si hubiese encontrado pésimas tropas, sin uniforme, sin paga, sin raciones, y muchas veces sin armas; si hubiese visto la Carolina Meridional sometida; el ejército republicano de Pensilvania insurreccionado; si hubiese sido testigo de las conjuraciones y las traiciones; si hubiese leído las proclamas de Arnoldo, general de la Union, que

declaraba que la América había llegado á ser presa de la codicia de los jefes, objeto del desprecio de sus enemigos y del dolor de sus amigos; si ese viajero se hubiese salvado á duras penas en medio de las guerras civiles y de los degüellos jurídicos en diferentes Estados de la Union; si en cambio de su dinero se le hubiesen entregado billetes de crédito casi sin valor, hasta el punto de que un sombrero lleno de billetes bastaba escasamente para comprar un par de zapatos; si hubiese recogido el acta del Congreso que, violando la fe pública, declaraba que estos mismos billetes no tuviesen en adelante curso segun su valor nominal, sino segun su valor convencional; ¿que relato hubiese hecho tal viajero de la situacion de las cosas y del carácter de los caudillos en los Estados- Unidos? ¿No hubiera presentado la insurreccion de Ultramar como una vergonzosa anarquía, como un movimiento próximo á su fin? ¿No hubiera pintado á los americanos como una raza de hombres divididos entre sí, ambiciosos, indignos de la libertad á que aspiraban, avaros, sin fe, sin ley, y á punto de sucumbir bajo las armas victoriosas de la Gran Bretaña?

El éxito de la lucha y la prosperidad actual de los Estados- Unidos desmentiría hoy la relacion de aquel viajero, el cual, no obstante, habria dicho lo que habia visto. Y sin embargo, los americanos se hallaban en una situacion mucho mas favorable que los griegos para trabajar en pro de su independencia. No eran esclavos; estaban ya acostumbrados á una administracion organizada; cada Estado se regia con una forma de gobierno regular, y gozaba de la fuerza que resulta de una civilizacion adelantada.

Si viene ahora un viajero á trazarnos el cuadro de la anarquía que haya hallado ó creído hallar en Grecia, no hará otra cosa que trazar al vivo la situacion natural de una nacion en el laborioso nacimiento de su libertad. Mucho mas extraordinario seria que se nos dijese que todo está tranquilo y floreciente en la Morea, en medio de la invasion de Ibrahim, que el que se nos diga que los griegos están agitados; que las órdenes se ejecutan mal; que el miedo se ha apoderado de las almas pusilánimes, y que algunos ambiciosos, y acaso algunos traidores, procuran aprovecharse de las calamidades de su patria.

Y ciertamente, sin carecer de valor, es preciso tener un alma dotada de un temple extraordinario para arrostrar tranquilamente las consecuencias que podria tener el triunfo de ese bárbaro, á quien el África envia incesantemente nuevos asesinos. El autor de esta *Nota* conoció en otro tiempo á Ibrahim; y se le permitió que recuere aquí, en gracia del interés del momento, lo que dijo de su entrevista con este jefe:

«Al día siguiente de nuestra llegada al Cairo (1.º de noviembre de 1806), subimos al castillo para examinar el pozo de José, la mezquita, etc. El hijo del pachá habitaba entonces este castillo. Presentamos nuestros homenajes á su excelencia que tenia catorce ó quince años, y le hallamos sentado en una alfombra, en un gabinete desmantelado, y rodeado de una docena de aduladores que se apresuraban á obedecer sus caprichos. Nunca he visto mas repugnante espectáculo. El padre de este niño era apenas dueño del Cairo, y no poseia ni el Alto ni el Bajo-Egipto. En tal estado de cosas, doce miserables salvajes alimentaban con las mas torpes lisonjas á un joven bárbaro, encerrado para su seguridad en un torreón. ¡Hé aquí al señor que los egipcios esperaban despues de tantas desgracias!»

«Así se degradaba en un rincon de aquel castillo el alma de un niño que debía gobernar á muchos hombres, y en otro rincon se acuñaba una moneda de infima ley. Y para que los habitantes del Cairo recibiesen sin murmurar el oro falsificado y el jefe corrompido que se les preparaba, los cañones estaban asestados contra la ciudad.»

¡Hé aquí al hombre destinado tal vez á exterminar la raza griega, y á reemplazarla en la patria de las bellas artes con otra de esclavos negros!

¿Se sabe lo que es para los Osmanlis el derecho de conquista, y de conquista sobre un pueblo que miran como perros insurrectos? Este derecho es la matanza de los ancianos y de los hombres capaces de manejar las armas (1), la esclavitud de las mujeres, la prostitucion de los niños, seguida de la circuncision forzada y de la toma del turbante.

Así Candia, la Albania y la Bosnia, de cristianas que eran hánse convertido en mahometanas. ¿Puede un verdadero cristiano fijar los ojos sin estremecerse en este resultado de la esclavitud de la Grecia? Este mismo nombre que no puede pronunciarse sin respeto y ternura, ¿no añade cierta idea mas dolorosa á la catástrofe que amenaza á ese país de la gloria y de los recuerdos? ¿Qué iria á buscar en lo sucesivo el viajero en las ruinas de Atenas? ¿Hallaria estas ruinas? y si las hallaba, ¿cuán espantosa civilizacion desplegarian á sus ojos! A lo menos el genizaro indisciplinado, sumido en su estúpida barbarie, os permitiría mediante algunos sequines, llorar en paz sobre tantos monumentos destruidos; pero el abisnio disciplinado ó el griego musulman os presentarian su consigna ó su bayoneta.

Es preciso considerar que la invasion de Ibrahim es una nueva invasion de la Cristiandad en concepto de los musulmanes. Pero esta segunda invasion es mucho mas formidable que la primera, pues esta se limitó á encadenar los cuerpos, al paso que aquella tiende á destruir las almas. No se hace ya la guerra al Cristianismo, sino á la Cruz.

Se bien que se murmura al oido de los hombres que se asustan de este porvenir, un secreto muy singular: Ibrahim no abraza la intencion de permanecer en Grecia; todos los males que causa á este país son un mero pasatiempo; pasa por la Morea con sus negros y sus árabes para hacerse rey de Egipto.

Mas ¿quién le hará rey? ¿El mismo? Para esto no necesitaba ir tan lejos, hacer tantos gastos y perder una parte de sus tropas, recién disciplinadas.

¿Háse tomado este solaz para agurrirlas? Los griegos le hubieran perdonado con mucho gusto el viaje. Es el Gran-Señor el que ha de colocar la corona en las sienas de Ibrahim? Pero es probable que no se la conceda sino en recompensa del esterminio de los griegos, y que no se contente con un simulacro de guerra. Cuando un pachá presta servicios á la Puerta, esta no acostumbra enviarle una corona. ¡Y no obstante, los enemigos de la Grecia están reducidos á esta política y á estas excusas!

La corte de Roma, en las actuales circunstancias, se ha manifestado humana y compasiva; sin embargo, nos atrevemos á decir que si ha conocido sus deberes, no ha calculado bastante su fuerza.

«Pontífices del Altísimo (dice de una manera admirable el *Ensayo histórico sobre el estado de los griegos* (2), sucesores de los Bossuet y los Fenelon, ¿cómo no ha resonado vuestra voz en esta causa sagrada? ¡Ah! ¿La Iglesia de Francia no ha conocido en la época mas horrorosa de nuestras discordias civiles todos los tormentos de la persecucion, y no halla la piedad en sus recuerdos? A fines de la edad media y en el calor de los disturbios suscitados por el concilio de Florencia, el papa Calisto hizo publicar muchas indulgencias, y mandó se hiciesen rogativas en todos los templos de Europa en favor de

(1) En tiempo de Mahomet II, los habitantes de un pueblo inmediato á Modon fueron serrados por medio cuerpo, en número de quinientos; en tiempo de Bayaceto, toda la poblacion de Modon, que pasaba de doce años, fue asesinada, etc. (*Ensayos históricos sobre el estado de la Grecia* por VILLEMAIN.

(2) Por VILLEMAIN.

«los cristianos de la Grecia, combatida por los infieles; ¡olvidaba su cisma, y solo veia su infortunio!

«No se teme, si la Grecia acaba de perecer, no se teme preparar al porvenir un terrible motivo de acriminacion y asombro? ¿Los pueblos cristianos de Europa preguntarán nuestros descendientes, estaban desprovistos de fuerza y de esperiencia para luchar contra los bárbaros? No. Nunca habian llegado á mayor altura las artes relativas á la guerra. ¿La catástrofe fue tan rápida y repentina que la política no tuvo el tiempo necesario para calcularla é impedirle? No. El sacrificio duró cinco años; mas de cinco años trascurrieron antes que todos los sacerdotes fuesen degollados, todos los templos reducidos á cenizas y derribadas en Grecia todas las cruces.»

«Cuán tierno hubiera sido ver al padre de los fieles despertar á los príncipes cristianos, llamarles al socorro de la humanidad, y declararse, como Eugenio III y como Pio II, jefe de una cruzada por lo menos tan santa como las primeras! Hubiera podido decir á los cristianos de nuestros días lo que Urbano II decia á los primeros cruzados (tomamos esta elocuente traduccion de la escolenta y completa *Historia de las Cruzadas* (1):

«¿Qué voz humana podrá referir las persecuciones y tormentos que sufren los cristianos? La rabia impropia de los sarracenos no ha respetado las vírgenes cristianas; han aberrojado las manos de los enfermos y los ancianos; los niños arrancados á los brazos de sus madres, olvidan ahora entre los bárbaros el nombre de Dios... ¡Desgraciados de nosotros, hijos y hermanos míos, que vivimos en tan calamitosos días! Hemos nacido en este siglo para presenciar la destruccion de la Cristiandad y permanecer tranquilos cuando gime victima de manos opresoras?... ¡Guerreros que me escucháis, vosotros que buscáis pueriles pretextos de guerra, recogiaos al ver en Grecia una guerra legítima!»

«A cuántos corazones no hubieran atraído á la religion semejante conducta y semejante lenguaje!

Esta política hubiera formado un inmenso contraste con la que se está siguiendo. Nunca, no, nunca, no tememos declararlo, ha afligido al mundo una política mas repugnante, mas miserable, mas peligrosa por sus resultados. Cuando se ve á los cristianos preferir disciplinar á unas hordas mahometanas, á que una nacion cristiana reconquiste, aun bajo las formas monárquicas su puesto en el mundo civilizado, el ánimo se siente poseído de una especie de terror y disgusto. Niégase todo auxilio á los griegos, á quienes se finje mirar como unos rebeldes, republicanos y revolucionarios, mientras se reconocen las repúblicas blancas de las colonias españolas y la república negra de Santo Domingo; lord Cochrane ha podido hacer todo lo que ha querido en América, y se le priva de todo medio de accion en favor de la Grecia.

A los brazos, á los buques, á los cañones y á las máquinas que se han suministrado á Ibrahim faltaba una direccion capaz de hacerlos valer. Así se ha secundado benévolamente el plan destructor de los turcos! Estos no se hubieran atrevido á emprender una campaña de invierno; pero los crueles enemigos de los helenos han conocido que es preciso acelerar su esterminio, porque si se deja respirar á la Grecia durante algunos meses, cualquier accidente inesperado, cualquiera intervencion poderosa puede salvarla.

¡Pues bien! si hoy es ya demasiado tarde, si los griegos deben sucumbir, si deben hallar todos los corazones cerrados á la piedad y todos los ojos á la luz, las victimas que se hayan librado del hierro y del fuego, refúgiense en los diferentes pueblos; ¡y dispersos sobre la tierra, acusen á nuestro siglo cerca de todos los hombres ante la mas remota posteridad! Esas

(1) Por Mr. MICHAUD.

víctimas serán, como las ruinas de su antigua patria, el objeto de la admiracion y del dolor, y mostrarán al mundo los restos de un gran pueblo. Entonces se hará justicia, pero justicia inexorable. Dichosos aquellos que no se hayan hallado al frente de los negocios públicos el día del abandono de la Grecia! Preferible cien veces será haber sido el oscuro cristiano cuyos ruegos hayan subido inútilmente hasta los tronos. ¡Mil veces mas segura estará la memoria del defensor sin poder, de los derechos de la religion perseguida y de la humanidad ultrajada!

PREFACIO

DE LA TERCERA EDICION DE LA NOTA.

El mundo ha presenciado un extraño espectáculo desde la publicacion de la última edicion de esta *Nota*: dos príncipes han abdicado alternativamente el imperio, y se han mostrado igualmente dignos de la corona, negándose á ceñirla.

Aunque esta corona ha quedado al fin en la cabeza del gran duque Nicolás, y el prologo de la *Nota* habla de Constantino como emperador, nada he mudado en el testo de este prólogo. Hay una política comun á todos los reyes: la que se funda en los principios eternos de la religion y la justicia, muy diferente de la que es preciso adaptar á los tiempos y á los hombres; política en la que es preciso retractarse al día siguiente de lo que se ha escrito el anterior, porque ha sobrevenido algun inesperado acontecimiento, porque ha desaparecido un monarca.

¿Pero será el destino de la desgraciada Grecia, que hasta las virtudes que pudieran socorrerla le sean fatales? El tiempo invertido en una lucha en que los progresos de las ideas del siglo descuellan en medio de la resistencia de las costumbres nacionales y militares; este tiempo se ha perdido en grave daño de un pueblo cuya destruccion se apresura: mientras dos hermanos se entregaban generosamente la diadema, los griegos, herederos de sí mismos, se legaban al morir la corona del martirio, y ni uno de ellos se ha negado á ceñir con ella sus sienas. Pero estos monarcas de la religion, de la libertad y del infortunio se suceden con rapidez en su ensangrentado trono; esta raza real se extinguirá en breve, y no hay prisa que sobre, si se desea salvar sus últimos vástagos.

Asegúrase que Ibrahim, ya en Patrás, va á hacer trasladar una parte de su ejército á Missolonghi. Esta plaza, sitiada por espacio de cerca un año, y que ha resistido á las turbulentas hordas de Reschid-Pachá, podrá resistir, con unas murallas medio demolidas, con medios de defensa agotados y con una reducida guarnicion, á los forajidos disciplinados de Ibrahim? En el mismo momento en que se publica la nueva edicion de esta *Nota*, el viajero busca tal vez en vano á Missolonghi, como aquel mensajero de la antigua Atenas que no vió en su paso á Olinto. Invitamos á los monarcas de la tierra á que libren á unos hombres cuyas cadenas ha roto acaso para siempre el Rey de los reyes. Escribimos, tal vez sin saberlo, sobre el sepulcro de la Grecia moderna, como hemos escrito en otro tiempo sobre el de la Grecia antigua.

Si la Grecia sucumbiese segunda vez, este hecho seria para nuestra edad el gran crimen de la Europa cristiana, la obra legítima de este siglo, que sin embargo ha restablecido la legitimidad, la falta que seria castigada mucho antes que este siglo trascurriese. Toda injusticia política tiene su inevitable consecuencia y esta es un terrible castigo. En el órden moral y religioso, este castigo no es menos seguro. La sangre de los padres que han recibido la muerte por mantenerse fieles á su religion, y la voz de los hijos que se han precipitado en la infidelidad, no dejarían de atraer